

Valores y virtudes de Nazaret

En colaboración con las familias, desde Nazaret Colegios Innovadores se promueve la educación integral de los alumnos desde una visión trascendente de la persona y del mundo que propone a Jesucristo como máxima realización del ser humano. Por medio de una enseñanza de calidad, arraigada en el contexto cultural del propio país, es posible conseguir que los alumnos sean profesionalmente competentes y estén capacitados para insertarse en la sociedad que van a ayudar a transformar.

La formación integral que la escuela proporciona a los estudiantes se fundamenta en las virtudes propias del hogar de Nazaret. Así las vivió Jesús. Su experiencia de vida con José y María señala un camino para educar a los niños, niñas y jóvenes.

Estas son algunas de las virtudes propias de Nazaret:

Amor

El amor configura toda la persona y hunde sus raíces en nuestro ser más genuino, la imagen y semejanza de Dios. Dios es amor, nos amó hasta dar la vida y nos enseñó que el mandamiento más importante es amar. *La escuela de los sentimientos del Hijo* (Congregación para la Educación Católica, 2002) pretende

compartir la experiencia de reconocerse amado por Dios de una forma gratuita e incondicional. De esta experiencia nace la capacidad de amar y a partir de ella se fortalece. Los educadores están llamados a evangelizar, a educar y a formar parte de esta experiencia de amor. Solo se llega al amor por el testimonio de las personas que aman, por ello, los estudiantes deben ver en los educadores a personas capaces de amar desde la autenticidad y la verdad.

Fe

La fe es don de Dios recibido en el bautismo con «el Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones» (Rom 5,5). La fe es confianza sin límites y apertura al Misterio de Dios oculto en la persona y en las personas, en los acontecimientos y en lo cotidiano, en el tiempo y en la historia. La fe conduce al gran acontecimiento del encuentro con Dios, que es siempre personal. «Mediante el proyecto educativo es posible crear las condiciones para que la persona desarrolle la actitud de búsqueda y se oriente a descubrir el misterio del propio ser y de la realidad que la rodea hasta llegar al umbral de la fe. Educar personas verdaderamente libres es orientarlas a la fe», (Congregación para la Educación Católica, 2002). A partir del don de la fe se pueden jerarquizar todos los valores y se potencian todas las virtudes.

Espíritu de familia

Ser familia es ser escuela de humanidad. Ser familia es la experiencia más íntima e importante que tiene el ser humano; es la conciencia de pertenecer y estar vinculado a alguien; de ser importante por el hecho de ser y existir. Es principio de vida y de compromiso con el otro y con los otros. La familia

es el espacio vital en el que se organiza y se estructura la personalidad. La familia da el arraigo y la identidad y construye los cimientos de unas relaciones interpersonales adecuadas. La experiencia de ser familia se guarda como un tesoro; los contactos vitales, gestos, palabras y silencios marcan la historia personal de cada ser humano. Desde las escuelas de Nazaret estamos llamados a ser apóstoles de la familia; por ello nos empeñamos en ser mediadores entre los padres y los hijos colaborando para que en ellos se dé el ideal de San José Manyanet: un Nazaret en cada hogar. En nuestros centros educativos se vive el espíritu de familia, se valora a los estudiantes por lo que son y se les enseña a descubrir progresivamente lo que están llamados a ser.

Verdad

La verdad es el camino más seguro para alcanzar la autenticidad y para que se dé una completa coherencia entre nuestra manera de pensar, sentir y actuar. El camino humano se ha caracterizado siempre por la búsqueda de la verdad, de ahí que lo más importante de la vida sea vivir en verdad. Por ello, buscar la verdad, amarla, dejarse poseer por ella, transmitirla y exigirla son señales de una tarea educativa que permite a los estudiantes conocerse y conocer su realidad. La verdad educa por sí misma; motiva, convence e impulsa a llevar a cabo acciones nobles; induce a la responsabilidad, al buen entendimiento y a la convivencia pacífica. La verdad es el alma del diálogo. Vivir desde la verdad exige mantener una actitud de fidelidad, de respeto y sinceridad con Dios y con los demás. Las palabras de Jesús «la verdad os hará libres» (Jn 8,32) inspiran y dan sentido a nuestra tarea educativa.

Bondad

El hombre creado por Dios a su imagen y semejanza halla en la bondad su máxima realización como persona. El valor de la bondad se entiende como una inclinación a hacer el bien. La bondad es una actitud del ser humano, visto como una realidad finita llamada a progresar hacia la plenitud. Educamos a los estudiantes en la bondad porque les enseñamos el Evangelio como regla de vida y pauta concreta de acción. Jesús pasó por la vida haciendo el bien. Hacer el bien es una acción que debe reflejarse en la capacidad de acogida a los otros; en pensar bien de los demás; en aceptarlos sin juzgar; en ser lúcido ante los hechos salvando siempre a las personas. Estas actitudes deben crecer en los estudiantes junto a una sana exigencia que nazca de la valoración de la persona y de la creencia de que, aún con sus límites, todo ser humano está llamado a progresar hacia la plenitud.

Belleza

Valor que brilla cuando existe una armonía entre las acciones de la persona y el ideal de vida. Educar en la belleza nos lleva a despertar y a potenciar en los estudiantes la capacidad de admiración ante la obra creada por Dios (cualquier manifestación de vida) y la persona, es decir, el arte, la ciencia y la técnica en todas sus variantes. Esa admiración lleva al respeto y despierta la creatividad. La belleza captada a través de los sentidos eleva el espíritu y hace capaz a la persona de intuir la auténtica belleza. La hace, en definitiva, capaz de Dios. La belleza surge cuando se da una feliz integración entre la sensibilidad y el espíritu y los elementos expresivos y la realidad que se manifiesta en ellos. Esta manifestación luminosa nos hace cercano lo profundo y lo noble.

Libertad

El principio de libertad consiste en la capacidad de movilizar las potencias fisiológicas, psicológicas y espirituales hacia la búsqueda del bien común. Moverse, ver, tocar, pensar, sentir, recordar, querer, decidir, elegir y actuar por cuenta propia desde una libertad plena y creadora que orienta hacia el ideal auténtico de la vida humana es esencial para encontrarse con el supremo bien. Solo quien es responsable es verdaderamente libre. Educar en la libertad significa ayudar a los estudiantes a desarrollar la capacidad para elegir y tomar decisiones; a discernir entre la libertad creativa y las libertades y a encaminarlos al compromiso. Ser educador significa ser persona liberadora que fomenta en el estudiante las libertades básicas: la de ser uno mismo; la de ir del yo al tú y al nosotros; la de vivir reconciliado y la de crecer siempre en el amor.

Responsabilidad

Ser responsable significa responder a la vocación a la que la persona se siente llamada. La responsabilidad, entendida como consecuencia lógica de la libertad, hace que la persona se sienta en la obligación de dar respuesta a todo el bien recibido a través de decisiones y actos concretos. La hace capaz de implicarse en la búsqueda del bien común. Ser responsable es tomar las riendas de la propia vida y responder de la marcha de la misma y de su sentido, sus logros o sus fallos; es hacerse cargo de la propia identidad. Sin embargo, es también una actitud constante de disposición hacia los valores que comprometen la transformación de la realidad. Por ello, enseñamos a los estudiantes a ser reflexivos; a conocerse y a potenciar lo bueno que hay en ellos y, por último, a asumir el sentido y la dirección de su vida y sus logros y sus fracasos de manera que sean autónomos e independientes para su propio bien y para el enriquecimiento de todos.

Solidaridad

La persona humana es una realidad sagrada por su filiación, fraterna por su constitución y religada al otro en su origen, en su desarrollo y en su destino último. Por tanto, el ser humano debe aprender que la plena realización se consigue desde los otros, con los otros y para los otros. La educación que ofrecemos tiene que despertar en los estudiantes la conciencia de que somos fraternidad. Es preciso que los alumnos den una respuesta solidaria a tantos hermanos que sufren. Desde la generosidad, el desprendimiento, la capacidad de sacrificio, la colaboración y la creatividad, los estudiantes deben aprender el sentido más profundo de la solidaridad, que va más allá de la empatía o de querer ayudar a los demás. La solidaridad toca el fondo de lo humano y se diviniza en los gestos de entrega desinteresada; no busca la recompensa del protagonismo ni rebaja a quien recibe el don. La solidaridad es cercanía entre iguales, es la virtud que más se asemeja a la compasión y a la misericordia de la cual habla el Evangelio. Educar para la solidaridad supone enseñar a los estudiantes a expresarla con gestos concretos en el quehacer diario.

Justicia

La justicia es una actitud inspirada por el amor, el respeto y el agradecimiento. La práctica de la justicia nos instala en nuestro estado ideal: el de la fidelidad a nuestro modo de ser, es decir, la concordia; la participación en la tarea común de realizar nuestra vocación y misión. La justicia es indispensable para la vida social porque encierra valores decisivos: la unidad y la solidaridad. Educar en el valor de la justicia es educar en la firme y constante voluntad de reconocer a cada uno su derecho. Es también enseñar a los estudiantes a dar al prójimo lo que le es debido y otorgar a la comunidad en la que viven y crecen su parte co-

rrespondiente mientras colaboran con ella. Nuestros colegios buscan engendrar personas desinteresadas y altruistas capaces de superar el egocentrismo y el individualismo y de apostar en toda circunstancia por la justicia social que se compromete con la búsqueda del bien.

Paz

La paz es fruto de la justicia. Es un valor que, a pesar de ser una de las grandes necesidades últimas de la vida humana, no es objetivo ni se puede precisar en sí mismo ya que, como la felicidad y la santidad, no puede buscarse directamente, sino que se da cuando la persona va configurando su vida en función de otros valores (bondad, generosidad, altruismo, servicio...) que excluyen sentimientos y acciones negativas. Es un valor activo que no puede limitarse a evitar la violencia. Crear una auténtica cultura de la paz en nuestros centros puede ayudar a poner de manifiesto cuáles son las realidades estructurales, comunitarias o individuales que engendran injusticia, odio o resentimiento, únicas enemigas de la paz. «Los educadores testigos de Cristo príncipe de la paz, captan la urgencia de poner la educación para la paz entre los objetivos primarios de su propia acción formativa ofreciendo su contribución específica para alimentar en el corazón de los estudiantes la voluntad de hacerse constructores de paz», (Congregación para la Educación Católica, 2002).

Servicio

Ser servicial es expresión cotidiana de una realidad más profunda que llamamos amor. Para ello es necesario promover virtudes que sostengan y fomenten el compromiso de ser para los demás: la generosidad, el sacrificio, la fortaleza, la alegría... Significa también hacer a los estudiantes conscientes de que Dios nos

ha hecho responsables los unos de los otros y que los demás necesitan de su compañía, de sus cualidades y aptitudes personales, de su tiempo y de su persona. Esta virtud debe llevarlos a la exigencia de prepararse bien, humana y profesionalmente, para servir mejor a sus semejantes.

Amor por el trabajo bien hecho

El trabajo encierra un gran valor, no solo porque nos facilita bienes, sino porque nos permite poner en forma diversas cualidades que son indispensables para nuestro desarrollo personal: la constancia, la imaginación creativa, el coraje, el entusiasmo, la ilusión y el amor por aquello que se hace. Educar en el trabajo bien hecho significa dotar al estudiante de la valentía para empezar, la prudencia para discernir, la tenacidad para superar dificultades, la confianza para continuar y el rigor para desarrollar la obra, así como la humildad para corregirla o recomenzarla.

Las comunidades educativas de los Nazaret Colegios Innovadores se esfuerzan por crear un ambiente de sororidad, fraternal y familiar, que permita a los estudiantes vivir estas virtudes y valores de forma que el tiempo que pasan en el colegio les sirva, sobre todo, para forjar una personalidad definida y bien cimentada.